

Homilía en la Profesión Temporal de la Hermana María Benedicta

Eduardo Cardenal Pironio

22 de diciembre de 1989

DIJO MARÍA: *MI ALMA CANTA LA GRANDEZA DEL SEÑOR, Y MI ESPÍRITU exulta en Dios, mi Salvador.*

¡Cómo sentimos esta mañana de la proximidad de la Navidad, en pleno corazón del Adviento, el canto de gratitud de Nuestra Señora! Cómo lo sentimos hecho nuestro; cómo lo siente la Hna. Benedicta, nuestra queridísima “Vilma”. “Mi alma canta la grandeza del Señor, porque miró la pequeñez de su humilde servidora”.

¡Qué privilegio para mí, a pocas horas de llegar de Roma, poder presidir esta Eucaristía donde la Hna. Benedicta va a hacer su Primera Profesión!

Yo recuerdo que fue más o menos por esta época, cuando yo ordené sacerdote a su hijo “Max” en el Monasterio de Los Toldos.

No es coincidencia; es una feliz providencia que Dios vino enlazando desde hace mucho tiempo; yo entonces, era el obispo de Mar del Plata, y ella era Vilma, la mujer del templo, la que estaba todo el día alabando al Señor, y sirviendo en el templo.

Y Max, su hijo, fue ordenado diácono en Mar del Plata, yo tuve el privilegio también, y luego sacerdote en Los Toldos.

Y hoy, esta maravillosa síntesis que nos hace estremecer frente a un misterio tan grande.

Cuando estamos por adorar el misterio de la bondad, de la misericordia, del entrañable amor de un Dios que viene para quedarse con nosotros. Dios siempre se manifiesta en los más pequeños, en los pobres, en los más niños.

Participamos de esta ofrenda de la Hna. Benedicta que ella hace en la Orden Benedictina, asumiendo con gozo la misericordia de Dios, el ser admitida en esta comunidad donde vivirá constantemente la estabilidad, la conversión y la obediencia. Ahí estará su alegría creciente, desbordando, comunicando a las hermanas de su comunidad, a su hijo el sacerdote, y a todos los que nos acercamos a la Abadía, o desde lejos recordamos que hubo una mujer en quien Dios hizo maravillas.

La primera lectura nos habla de una mujer en quien Dios hizo maravillas: Ana, la mamá de Samuel. Fue al templo, y le dijo sencillamente al Señor: “Señor, perdón; yo soy aquella mujer que vino una vez a rezar; y pedí por este niño, y ahora te lo vuelvo a ceder, te lo vuelvo a consagrar”.

Y pienso que en la Hna. Benedicta esto ocurrió en dos grandes momentos: cuando ella ofreció a su hijo para que fuera monje, para que fuera sacerdote. Pero después que lo dio fue como engendrando en ella misma, otro niño, una manera del Cristo que se fue formando en ella. Y siguió este llamado: “Aquí estoy Señor porque me has llamado”.

Ese Niño que está dentro es Jesús, el de Belén, que ya nace ahora. Y ella, como haciéndose una misma cosa con este niño, dice al Señor: “Yo te lo pedí, y ahora te lo doy envuelto en la fragilidad y pobreza de mi propia carne”.

Otra mujer, en el Evangelio: una virgen que da a luz, que siente las maravillas de lo que Dios ha hecho: María, la contemplativa, la pobre,

la fiel, toca con las manos las maravillas del Señor. Hace maravillas porque miró la humillación, la pequeñez, la pobreza de su servidora.

Nuestra Hna. Benedicta: nunca deje de ser pobre; aprenda a caminar en la estabilidad, en la conversión, en la obediencia, la alegría del desprendimiento, de la pequeñez, de la pobreza. No olvide nunca que a los pobres le son revelados los secretos del Reino. “Yo te glorifico Padre, porque esto lo has ocultado a los sabios del mundo y lo has revelado a los sencillos”.

Hna. Benedicta: sea siempre sencilla, pobre, humilde, e irá viendo cómo los secretos del Reino se le van descubriendo.

María, la contemplativa, durante todo el camino del servicio a su prima Isabel, iba rumiando las maravillas de Dios, rezando Salmos en su interior y recordando gestos maravillosos en la historia de su pueblo.

María, la que contempla la fidelidad de Dios *como había prometido a Abraham y a sus hijos para siempre*.

María, la que dentro de pocos días contemplará todas esas cosas y las guardará en su corazón.

María, la que no es capaz de decir palabras, sino que simplemente llega en silencio, saluda, y el niño que Isabel lleva en su seno salta de alegría.

Hna. Benedicta: viva con fe la vida gozosa de contemplación, una contemplación serena, una contemplación clara, engendrando la Iglesia de Dios, la Iglesia de Dios en san Isidro, la Iglesia de Dios en la Argentina, la Iglesia de Dios en el mundo, la Iglesia de Dios que sufre en determinados países; desde la contemplación, vaya engendrando la palabra.

La fidelidad de Nuestra Señora: *Feliz de ti porque has creído; Yo soy la servidora del Señor, que se haga en mí lo que has dicho*. Y ella siente la alegría de haber dicho que sí, de haberlo dicho de distintas maneras, pero siempre con sinceridad de corazón al Señor: de haber dicho que sí cuando encontró una vez al “buenísimo” de Don Ignacio; y dijo

que sí al Señor diciendo que sí a este hombre providencial, hombre de Dios que encontró en su camino, que está también cantando muy cerca de María hoy, el *Magnificat*.

Y luego siguió este otro llamado: a vivir en la intimidad del Señor y seguir sirviendo a sus hermanos.

Que sea así, Hna. Benedicta, la mujer del “sí” como María, entonces será la mujer del *Magnificat* que hoy la liturgia nos propone, del *Magnificat* como oración, como meditación, como programación. Todos participamos hoy de este *Magnificat*.

Y yo lo siento en mi pobre corazón, y siento el corazón del hijo sacerdote, y siento el corazón de Vilma, Hna. Benedicta, y siento el corazón de todas las monjas de la comunidad, y de todas las personas, sacerdotes, hermanos, hermanas, amigas, todas las personas que han venido a este hecho singular: “vayamos, corramos a ver lo que nos ha dicho el ángel”. Y nosotros venimos a ver lo que el misterio de Dios realiza en la pequeñez, en la pobreza.



El Beato Eduardo F. Pironio con la Hna. María Benedicta, OSB, y el P. Max Alexander, OSB